

Brokeback Mountain

Ennis del Mar se despierta antes de las cinco, el viento mece el remolque, silba al entrar por los marcos de aluminio de la puerta y la ventana. Las camisas colgadas de un clavo se estremecen ligeramente en la corriente. Ennis se levanta rascándose la cuña gris de vello púbico y de la tripa, se acerca al hornillo de gas arrastrando los pies, vierte los restos de café en un desportillado cazo esmaltado; las llamas lo envuelven de azul. Abre el grifo y orina en la pila, se pone la camisa y los vaqueros, las desgastadas botas, taconeando sobre el suelo para calzárselas bien. El viento brama sobre la curvada superficie de la casa remolque y bajo su atronador embate Ennis oye los arañazos de la gravilla y la arena. Ir por la autopista con el remolque de caballos quizá no va a ser fácil. Tiene que recoger sus cosas y marcharse esa misma mañana. El rancho vuelve a estar a la venta, ya han despachado los últimos caballos, las cuentas las saldaron la víspera y el dueño dijo: «Dáselas al buitre de la agencia inmobiliaria, yo me largo», y depositó las llaves en manos de Ennis. Tal vez tenga que quedarse una temporada con su hija casada hasta que encuentre otro trabajo, y, sin embargo, lo embriaga una sensación placentera porque ha soñado con Jack Twist.

El café rancio ha roto a hervir y Ennis lo retira del fuego antes de que se desborde, lo sirve en una taza sucia, sopla sobre el negro líquido y deja que se deslice ante él una escena del sueño. Si no se esfuerza en recordar, quizá el sueño lo reconforte durante todo el día, y reavive los viejos tiempos en la fría montaña, cuando eran los amos del mundo y todo parecía estar en su sitio. El viento golpea el remolque como la descarga de un montón de basura desde un volquete, amaina, se encalma, deja un pasajero silencio.

Los dos se criaron en ranchitos pobres situados en extremos opuestos del estado, Jack Twist en Lightning Flat, junto a la frontera de Montana, Ennis del Mar en los alrededores de Sage, cerca de los límites de Utah, ambos chicos de pueblo que no acabaron la secundaria y sin perspectivas de futuro, de modales toscos, rudo hablar, educados en el trabajo duro y las privaciones, curtidos por una vida estoica. Ennis, criado por su hermano y hermana mayores después de que sus padres se salieran de la única curva de la carretera del Caballo Muerto dejándoles veinticuatro dólares en metálico y un rancho sobre el que pesaban dos hipotecas, solicitó a los catorce años un permiso de conducir especial que le permitiera hacer el trayecto de una hora del

rancho al instituto. La camioneta era vieja, sin calefacción, con un solo limpiaparabrisas y los neumáticos en mal estado; cuando las transmisiones se estropearon no había dinero para repararlas. Él había querido ser bachiller, se le parecía una palabra con cierta distinción, pero la camioneta lo dejó tirado antes, lanzándolo de cabeza a las faenas del rancho.

En 1963, cuando conoció a Jack Twist, Ennis estaba prometido con Alma Beers. Tanto Jack como Ennis aseguraban estar ahorrando para comprar un terrenito; en el caso de Ennis el ahorro consistía en una lata de tabaco con un par de billetes de cinco dólares dentro. Aquella primavera, ávidos de cualquier trabajo, ambos se apuntaron a la Agencia de Empleo en Granjas y Ranchos; salieron juntos en la lista, el uno como pastor y el otro como guardián de campamento, para apacentar un rebaño al norte de Signal. Los pastizales de verano quedaban por encima del límite de la zona arbolada en las tierras del Servicio Forestal de Brokeback Mountain. Sería el segundo verano en la montaña para Jack Twist, el primero para Ennis. Ninguno de los dos había cumplido los veinte.

Se estrecharon la mano en la pequeña y sofocante oficina instalada en un remolque, ante una mesa atestada de papeles garrapateados, con un cenicero de baquelita desbordante de colillas. La torcida persiana veneciana dejaba pasar un triángulo de luz blanca en el que se movía la sombra de la mano del capataz. Joe Aguirre, de ondulado cabello de color ceniza peinado con raya al medio, les expuso su punto de vista.

—El Servicio Forestal tiene establecidos los lugares donde hay que montar los campamentos. A veces los campamentos quedan a unos tres kilómetros del lugar donde apacentamos las ovejas. Los predadores hacen estragos, no hay nadie cerca para vigilar el rebaño de noche. Lo que quiero es que el guardián del campamento esté en el campamento base, donde dice el Servicio Forestal, pero el PASTOR —señaló a Jack con tajante ademán— plantará una canadiense donde esté el rebaño, a hurtadillas, donde no se vea, y DORMIRÁ ALLÍ. Que cene y desayune en el campamento, pero A DORMIR CON LAS OVEJAS sí o sí, Y NADA DE HOGUERAS, no hay que dejar HUELLAS. Por la mañana recogerá la tienda por si acaso el Servicio Forestal se pone a husmear. Te llevas los perros, tu 30-30, y duermes ahí. El puto verano pasado tuvimos casi un veinticinco por ciento de pérdidas. No quiero que se repita. Y TÚ —le dijo a Ennis, fijándose en su pelo revuelto, las manazas rasguñadas, los vaqueros desgarrados, la camisa con los ojales sueltos—, los viernes a las doce del mediodía bajas al puente con la lista para la semana siguiente y las mulas. Allí te esperarán con la furgoneta cargada de provisiones. —Sin preguntar si Ennis tenía reloj, cogió de una caja colocada sobre un alto estante un reloj de bolsillo barato atado a un cordel trenzado, le dio cuerda, lo puso en hora y se lo tiró como si no mereciera la pena

alargar el brazo hacía él—. MAÑANA POR LA MAÑANA os llevaremos en la furgoneta hasta la cañada. —Eran un par de pobres diablos sin futuro.

Buscaron un bar y pasaron la tarde bebiendo cerveza, Jack le habló a Ennis de la tormenta del año anterior que había matado cuarenta y dos ovejas en la montaña, del curioso hedor de los cadáveres y de cómo se hinchaban, de que en aquellas alturas hacía falta una buena provisión de whisky. Había cazado un águila, dijo, y volvió la cabeza para mostrar la pluma de la cola que llevaba prendida en la cinta del sombrero. A primera vista Jack no era mal parecido, con el pelo rizado y la risa fácil, pero le sobraban algunos kilos en las caderas dada su escasa altura y su sonrisa revelaba unos dientes que se proyectaban hacia delante, no tanto como para permitirle comer palomitas directamente del cuello de un cántaro, pero sí de una forma apreciable. Estaba encaprichado de la vida de los rodeos y se ajustaba el cinto con una hebilla de jinete de toros de segunda, pero sus botas estaban traslúcidas de puro desgastadas, llenas de agujeros ya imposibles de reparar, y Jack se moría de ganas de estar en algún lugar, en cualquier lugar que no fuera Lightning Flat.

Ennis, de nariz con pronunciado caballete y semblante estrecho, desgarbado y con el pecho un poco hundido, balanceaba un torso menudo sobre largas piernas tipo compás, poseía un cuerpo musculoso y elástico hecho para la equitación y las peleas. Sus reflejos eran extraordinariamente rápidos y su visión de lejos lo bastante buena como para que desdeñara leer todo lo que no fuera el catálogo de sillas de montar de Hamley.

Los camiones de las ovejas y los remolques de caballos descargaron donde arrancaba la cañada y un vasco de piernas arqueadas enseñó a Ennis a aparejar y cargar las mulas, dos fardos y una albarda por animal, todo amarrado con dos vueltas de cuerda y asegurado con medias vueltas; luego le dijo: «No se te ocurra encargar sopa. Las cajas de sopa no hay quien las cargue en las mulas». Tres cachorros de una de las perras pastoras iban en un cesto, y el más pequeño de la camada bajo la chaqueta de Jack, a quien le encantaban los perros pequeñitos. Ennis escogió como montura un zaino llamado Colilla, Jack una yegua baya que resultó espantadiza. Entre los caballos de refresco había un ejemplar entero de capa castaña cuyo aspecto agradaba a Ennis. Jack y Ennis, los perros, los caballos y las mulas, un millar de ovejas y sus corderos fluyeron cañada arriba como agua sucia através de los leños y más allá del límite del arbolado, adentrándose en los amplios prados floridos y perseguidos por el viento, incesante.

Plantaron la tienda de campaña grande en la plataforma del Servicio Forestal y pusieron a resguardo la cocina y las cajas de provisiones. Ambos durmieron en el

campamento aquella primera noche; Jack empezó a echar pestes ya desde entonces de la orden de a-dormir-con-las-ovejas-y-nada-dehogueras que le había dado Joe Aguirre, pero antes del amanecer ensilló la yegua baya sin apenas rechistar...

Si quiere más información visite la web del libro: <http://www.enterrenovedado.com>